



**CIRIEC-España, Revista de Economía Pública, Social
y Cooperativa, nº 31, junio 1999, pp. 187-205**

La solidaridad como una alternativa económica para los pobres

Luiz Inácio Gaiger

Universidad do Vale do Rio dos Sinos en Sao Leopoldo (Brasil)

CIRIEC-España, revista de economía pública, social y cooperativa

ISSN: 0213-8093. © 1999 CIRIEC-España

www.ciriec.es www.uv.es/reciriec

La solidaridad como una alternativa económica para los pobres

Luiz Inácio Gaiger

Doctor en Sociología e investigador de la Universidad do Vale do Rio dos Sinos en Sao Leopoldo (Brasil)

RESUMEN

Basado en investigaciones empíricas y en la literatura sobre el tema, el trabajo trata sobre el significado de las innumerables experiencias populares de producción económica y de generación de renta llevadas a cabo en nuestro país y también en otros contextos. Defiende la perspectiva, ya indicada en varios estudios, que considera la formación de una economía popular solidaria - integrada en la economía de mercado según una lógica no mercantil, distinta de la lógica capitalista - como una alternativa para los sectores de renta reducida frente a los procesos de empobrecimiento y de desocupación estructural que hoy nos afectan. Para finalizar, propone una hipótesis de investigación sobre la perspectiva apuntada, sugiriendo la consideración de la solidaridad económica como la posible génesis de una nueva forma social de producción.

PALABRAS CLAVE: economía solidaria, economía social, economía popular, Tercer Sector, cooperación

RÉSUMÉ

Sur la base de recherches empiriques et de la littérature concernée, l'article analyse le sens et la portée des nombreuses expériences populaires de production économique et de génération de revenus qui se répandent au Brésil et aussi dans d'autres pays. La formation d'une économie populaire solidaire – intégrée au marché selon une logique non-marchande, distincte de la logique capitaliste – qui serait en train de constituer une alternative pour les secteurs à bas revenus, compte tenu des tendances grandissantes à l'appauvrissement et au chômage, est prise en considération dans une perspective à moyen et long termes. Cela permet de proposer une hypothèse de recherche, dans le sens d'envisager le solidarisme économique en tant que la genèse possible d'une nouvelle forme sociale de production.

MOTS CLÉS:

ABSTRACT

Based on the empirical investigations and in the literature on the topic, the work discusses the meaning of the innumerable popular experiences of economical production and of generation of rent that are disseminated in our country and also in other contexts. It endorses the perspective, suitable in several studies, on the formation of a solidary popular economy -incorporated to the economy of market according to a logic not mercantile, different of the capitalist logic - in which it would reside an alternative for the sectors of drop rent opposite to the processes of impoverishment and of structural unemployment that today affect us. Concluding proposes hypothesis of investigation in the pointed perspective, it suggest to understand the economical solidarity like the possible genesis of a new social form of production.

KEY WORDS:

El florecimiento de la economía popular comunitaria

En los últimos quince años, la realidad brasileña ha experimentado importantes cambios. Por una parte, ha constatado la fuerza insospechada de las barreras que todavía se oponen a la instauración de una democracia sustantiva e inclusiva; por otra, asistimos a grandes movilizaciones de carácter civil, a la presencia en el escenario nacional de actores hasta entonces relegados a un papel secundario o subalterno y, especialmente en el ámbito popular, a la aparición de nuevas y variadas formas de organización.

Entre esas novedades, la emergencia y la discreta y progresiva proliferación de innumerables experiencias populares de organización y defensa de intereses a nivel local constituye una característica determinante; basándose estas en su mayoría en estructuras comunitarias y vecinales, y contando con el apoyo de instituciones civiles como la iglesia católica y las ONGs. Volcadas ya sea en las llamadas cuestiones culturales (género, raza, religión), o en la reapropiación de los espacios de la vida cotidiana (salud, vivienda, educación), o incluso en las actividades económicas, siguiendo principios de autogestión y cooperación, esas microexperiencias resultan innovadoras por el hecho de buscar soluciones, creadas en la base y por la base, a demandas que anteriormente se intentaban satisfacer mediante una presión social dirigida hacia el Estado.

En el ámbito de las experiencias de producción económica y generación de renta, se cuentan innumerables iniciativas empresariales de carácter semifamiliar o grupal, en forma de microempresas, pequeños talleres y sociedades informales, funcionando de manera permanente, temporal o incluso ocasional. Sus actividades económicas engloban, además de la siembra y comercialización de productos agrícolas (horticultura, miel, frutas), el procesamiento y la producción semiartesanal de alimentos, la confección, la fabricación de artículos de madera, cerámica y fibras naturales, y la prestación de servicios, tales como lavandería y limpieza. Junto con otras formas de subsistencia que se generalizan en América Latina, expandiendo el sector informal y la "economía subterránea", las experiencias de generación de renta componen lo que se puede llamar de *economía popular* (Razeto, 1993), en la cual encuentran guarida los segmentos marginalizados de los sistemas convencionales de generación y distribución de recursos, establecidos en el mercado capitalista y en el Estado.

Tan sólo recientemente esa realidad ha sido objeto de estudios más amplios y sistemáticos en Brasil (Gaiger, 1996; Silveira, 1995). Por un lado, debido al carácter circunstancial y efímero de muchas iniciativas, lo que, además de dificultar el registro y seguimiento de las mismas, afecta a su identidad y a las oportunidades de constituir un movimiento común. Por otro lado, en razón de su presencia poliforme y difusa en el tejido social, aparentemente ajena a los grandes conflictos entablados en el campo popular, y por tanto, menos considerada en el análisis predominante en el período (cf. Cardoso, 1987; Gaiger, 1995a).

La multiplicidad de estas experiencias, junto con la longevidad alcanzada en algunos casos, especialmente en aquellos en que se observa el respaldo de alguna institución con un programa de acción continua, viene propiciando resultados tangibles que merecen atención. En primer lugar, muchas experiencias han garantizado la supervivencia inmediata y la subsistencia de poblaciones afectadas desde hace más de dos décadas por una coyuntura económicamente adversa. Además de eso, permiten la optimización de lo aprendido en algún oficio, o del dominio de técnicas simples y eficientes, y por lo tanto, producen cierto crecimiento intelectual y profesional. El fundamento comunitario, al que nos estamos refiriendo, basado en un substrato cultural con una tradición de ayuda, rescata valores y prácticas caídas en el olvido, dándoles un nuevo sentido y amplitud y propiciando una reconstrucción personal de los individuos; *estar incluido en algo* es el primer paso para la recuperación de la autoestima, de la dignidad y de la autonomía. Finalmente, en varios casos (Cáritas, 1995) se observa una ruptura del patrón paternalista y clientelista imperante en la asistencia a poblaciones pobres, concomitante con el desarrollo de una actitud ciudadana por parte de las personas involucradas en aquellas experiencias, visible en la revalorización del libre arbitrio, en una conciencia de los derechos civiles y en una participación activa en la sociedad.

Por lo que se ha observado, el desarrollo de esas experiencias depende de la forma peculiar que asumen las presiones estructurales, combinadas con las circunstancias inmediatas, sobre las diferentes categorías a que estas acuden como medio de defensa y sustento. El perfil heterogéneo de esta población – que abarca desde situaciones de penuria extrema hasta pequeños empresarios con algún patrimonio y margen de capitalización - introduce metas y dinámicas diferenciadas, a las que se suman factores subjetivos derivados de la naturaleza eminentemente voluntarista de esas iniciativas. De ahí que haya reticencias en cuanto a su alcance social, en la medida en que podrían llevar a una simple acomodación al orden vigente, desviando las energías del ámbito popular de luchas mayores y decisivas, frente a las cuales deberían ser un medio y no un fin (Souza, 1989). Haciendo otra lectura, las microexperiencias cumplirían un papel fundamental en la formación de individuos y grupos con capacidad de acción, adquirida no mediante la asimilación de los modelos propugnados por la teoría social, sino a través de la experiencia reorganizativa de la vida cotidiana y, por extensión, de las esferas de la vida social (Gadotti, 1993).

No obstante las controversias en cuanto al alcance de estas experiencias, se percibe un cambio de enfoque gradual. Años atrás, se consideraban básicamente como respuestas de emergencia, superficiales, con un efecto paliativo o como mero lenitivo frente a situaciones de pobreza y miseria. Situadas en el amplio cauce del reformismo, estas podrían en la mejor de las hipótesis valer como una acción temporal, a la espera de mejores condiciones para el ingreso de los grupos marginalizados en la economía formal y para su organización a partir - aún cuando no exclusivamente - de las relaciones de producción. Actualmente, tiene mayor aceptación la interpretación que admite que son respuestas necesarias a demandas urgentes, viendo ahí además la base para una reconstrucción del tejido social en que viven las clases populares, cuya tendencia a la descomposición, sin esta acción contraofensiva, alcanzaría niveles intolerables. Aunque reactivas en su inicio, las experiencias y los programas

que las sustentan podrían evolucionar hacia el planteamiento de propuestas, con efectos concretos en el ámbito de las crecientes políticas públicas y en los conflictos que definen en la actualidad el rumbo de la sociedad, constituyendo no un frente prepolítico, sino una acción fronteriza, generadora de nuevas formas de producción y estimuladora de alternativas de vida económica y social.

Una tendencia global

El mismo horizonte se muestra en otros países y continentes. En América Latina, distintas economías sienten el impacto de los cambios en curso en el escenario mundial, como son la acelerada concentración de capital, el incremento de la competencia y la reconversión tecnológica. El resultado es una modernización parcial y dependiente, que termina por conferir al sector informal un papel preponderante para la supervivencia de amplios estratos sociales (Razeto, 1997: 29-23). A esto se le suma, a partir de la crisis económica y financiera de los años 70, el abandono del modelo nacional desarrollista que, de mejor o peor forma, significara el establecimiento de ciertas garantías de seguridad social, y laborales, así como un compromiso del Estado en cuanto a la atención de necesidades básicas en el campo de la salud, la educación y el empleo. Se amplía en consecuencia la búsqueda de alternativas de supervivencia, por lo que los sectores populares del continente podrían, hasta cierto punto, preservar sus identidades colectivas oprimidas históricamente en un territorio común (Défourmy, 1994: 4) y, por otro lado, contarían con una larga experiencia de informalidad económica, cuya persistencia y amplitud creciente son marcas estructurales de nuestro desarrollo.

El carácter de estas iniciativas se ha ido modificando con el tiempo. En Chile, significó en los años 70 y 80 un medio de resistencia a la exclusión política, social y cultural, además de una defensa contra la degradación de las condiciones materiales de vida. En la presente década, estarían evolucionando hacia la condición de agentes económicos dinámicos, generadores de empleo y renta, así como promotores de una red paralela de organizaciones, con funciones de cambio, intercambio y apoyo (Nyssens, 1996; 1997). Muchas adoptan formatos colectivos y logran índices razonables de crecimiento, conciliando y reforzando mutuamente la cooperación en el trabajo y la acumulación económica.

Casos similares se registran en Argentina, uno de los países más afectados por la nueva realidad económica y que se presenta hoy con un cuadro de reforma acelerada del Estado, una elevada concentración de capital, la caída del poder adquisitivo y un desempleo creciente. La apuesta de pequeñas iniciativas empresariales asociativas, mediante la recalificación técnica de los productores, ha producido buenos resultados, en particular cuando se observa el apoyo del poder público local y el interés de instituciones dotadas de recursos y competencia (I.C.D.A., 1997).

Países como Nicaragua, en aguda crisis económica y habiendo no obstante conocido, en período anterior, políticas dirigidas a los sectores populares, encuentran en las estructuras asociativas entonces creadas, el lastre y la posible salida estratégica frente al fracaso reiterado de las medidas dirigi-

das al sector privado empresarial. Tendencias de articulación horizontal y de integración vertical señalan hoy la posibilidad concreta de operar a gran escala, incluso en el mercado exterior, sin perder la identidad propia que caracteriza a esos nuevos agentes económicos (Núñez, 1997).

Ese florecimiento es notorio también en el hemisferio Norte, en un campo multiforme de iniciativas que marcaría el resurgimiento de una economía social (Laville, 1994) con perspectivas de continuidad y de ruptura con la tradición mutualista y cooperativista del siglo XIX (Desroche, 1987). En el ámbito de la crisis del modo de regulación fordista y de aparición de problemas de naturaleza social, ambiental, étnica, etc., la nueva economía social aparece como una alternativa ante la flagrante impotencia del poder público y del sector privado capitalista. Dotada de una resonancia política positiva, esta implicaría algo nuevo con relación a la inexorabilidad del mercado y a la insensibilidad de la acción estatal (Mellor, 1991). Favoreciéndola, se podría activar un proceso de renovación de los movimientos sociales, con la revalorización de la creación de empresas por razones sociales y éticas, el reconocimiento de las mismas por el movimiento obrero, el desarrollo del voluntariado y la multiplicación de asociaciones humanitarias, ecológicas, culturales, etc. (Carpi, 1997: 92). Encontramos abundantes ejemplos de esto en, entre otros países Francia, Bélgica, Canadá y en los Estados Unidos (Defourny & Monzon-Campos, 1992).

El potencial de las experiencias: una tesis abierta

Para evitar la impresión de que la relevancia asumida por esta nueva realidad económica se justifica apenas por un cambio de enfoque, sin mayor apoyo en los hechos, conviene situarla en un conjunto de transformaciones más amplias, de ámbito nacional y global.

Al buscar el origen de las necesidades crecientes que indujeron a innumerables segmentos populares, en Brasil, a buscar alternativas de supervivencia, hay que recordar que el patrón de desarrollo nacional instaurado en los años 60 provocó una integración social altamente selectiva, puesto que aceleró la desarticulación de la sociedad y profundizó las desigualdades. En lugar del *welfare state*, tuvimos un Estado que constituyó un vector fundamental del crecimiento económico, aplicando una regulación excluyente de los conflictos y una serie de políticas sucesivas que financiaron la reproducción del capital, sin financiar la reproducción de la fuerza de trabajo, ni garantizar la observancia de las reglas y los derechos de ciudadanía (Doimo, 1995).

A pesar de esta característica estructural de nuestro subdesarrollo, ciclos localizados de crecimiento y facilidades en la captación de recursos externos permitieron al Estado y al mercado, hasta mediados de los años 70, incorporar parcelas de la fuerza de trabajo privadas de los medios de subsistencia y entregadas a la depauperización, como bien atestigua el masivo éxodo rural registrado en la época. Desde entonces, las modificaciones tecnológicas y sus consecuencias en la organización del proceso de trabajo, sumadas a la reestructuración de los mercados nacionales e internacionales, disminuyeron gradualmente la capacidad de absorción de mano de obra por el mercado y, al inten-

sificarse la capitalización de los factores de producción (como la tierra), excluyeron de sus bienes a los trabajadores y, por consiguiente, minaron su acceso a los medios y a los servicios esenciales para su subsistencia. Al mismo tiempo, el Estado se vio envuelto en sucesivas crisis fiscales y administrativas, reduciendo con esto su capacidad de absorción de la mano de obra excedente y los recursos disponibles para las políticas sociales tradicionales.

Durante mucho tiempo, tales procesos se consideraron fundamentalmente como resultado de una conducción autoritaria del Estado y de una concepción elitista del crecimiento económico, que se debía naturalmente combatir. El frente principal se situó en el ámbito político (mediante la democratización y la ascensión de nuevas fuerzas al poder) y en las relaciones de clase (mediante la instauración de un pacto social que redistribuyese los frutos del crecimiento). En un contexto más amplio, la política y la economía mundial aparecieron divididas en dos bloques y en dos lógicas: la del mercado y la de la planificación estatal. *Estado x mercado* constituía la disyuntiva en que se estructuraba el conflicto ideológico y político (Laraña, 1996: 325).

Por consiguiente, los frentes de acción que no se ocupaban de dichos antagonismos eran considerados subsidiarios, o incluso contraproducentes. No había mucho que indagar sobre el potencial de las experiencias comunitarias, tanto más cuando de estas se ocupaban programas de instituciones con un papel secundario o de discutible fiabilidad política, como la filantropía de las iglesias y entidades afines y las acciones de fomento del desarrollo de innumerables agencias internacionales, por no hablar del brazo social del Estado. Se trataba, bajo aquella óptica, de acciones asistenciales, ambiguas, que incidían sobre las consecuencias del modelo vigente y no sobre los pilares que lo sustentaban. Acciones cuyo valor se agotaba en la *lógica de defensa y resistencia* en que se movía, efectivamente, la casi totalidad de aquellas experiencias.

Los años 90 dejan claro que la degeneración del tejido social es la cara dramática de una reestructuración global de economía en marcha hace tres décadas, resultado de la reconversión tecnológica y productiva del capitalismo de este final de siglo y de la reorganización internacional de los mercados y de los grandes agentes y polos económicos (Harvey, 1989; Antunes, 1995). Con la aplicación de la informática a la automatización industrial y la serie de innovaciones en la organización del trabajo, el crecimiento industrial ya no genera una ampliación significativa en la oferta de puestos de trabajo. Fenómenos como la reingeniería, la tercerización y la proliferación del trabajo temporal o a domicilio son componentes de una quiebra en la estructura ocupacional, con efectos inmediatos sobre las carreras, la calificación y las oportunidades de inserción socioprofesional. El conocimiento y la formación intelectual pasan a ser requisitos indispensables para el ingreso en el mercado. La generación de empleos, cuando ocurre, viene acompañada de una profunda segmentación, que reserva a la mayoría de los trabajadores condiciones precarias de trabajo, a las que se suman las incertidumbres con relación a las políticas de protección de los trabajadores y, en Brasil, a las enormes deficiencias de la escolarización básica y de la formación laboral.

El paradigma clásico del desarrollo basado en las grandes empresas y en la estabilidad del trabajo asalariado se muestra así inexorablemente cuestionado. Tampoco se sustenta la suposición de una tendencia a la homogeneización del proceso productivo. Tal como se observa también en los países de economía avanzada (Defourny, 1994; Sauvage, 1996; Carpi, 1997), dada la crisis del modo de regulación fordista y del pacto social democrático, para los sectores sin oportunidades en el mercado o en vías de exclusión, transformados en un *ejército de subvencionados*, es necesario buscar alternativas al trabajo asalariado. Como contrapartida a la *sociedad del conocimiento*, el tema de la pobreza y de la erradicación de la miseria vuelve con urgencia a la agenda de discusión. Descartada la expectativa depositada en el crecimiento económico y constatada la insuficiencia de las políticas compensatorias, las iniciativas empresariales solidarias de generación de renta ganan poco valor y adoptan el principio de fortalecer la capacidad productiva de los empobrecidos. “Y su principal capacidad es, en primer lugar, su trabajo.” (Lisboa, 1996: 15).

Ante los nuevos escenarios, se incrementó la apuesta por el potencial de las pequeñas experiencias de economía comunitaria, sin que, no obstante, hasta el momento se haya verificado con la debida atención su concreción real. Parece oportuno contribuir de forma reflexiva a ese balance en un momento en el que se han acumulado los efectos de un largo período de progresiva desorganización y segregación social, en el que se vuelven a diseñar los actores y las condiciones de acción sociopolítica y en el que los sectores progresistas vuelven a evaluar sus modelos de programación y de estrategia de transformación macrosocial, para los que siempre esperaban contar, precisamente, con el potencial que suponen los movimientos populares, es decir, con las fuerzas históricas de la solidaridad.

¿Una economía solidaria en formación?

Conviene en ese sentido resaltar en qué aspectos los programas y las experiencias concretas han evolucionado en el país. El carácter asistencial predominante en los años 80 muchas veces dio lugar a acciones que buscaban la emancipación de los sectores sociales asistidos, mediante la revitalización de sus energías y la apropiación de tecnologías productivas y organizativas compatibles con sus saberes tradicionales y su capacidad de activar recursos propios. Al poder público y a las instituciones filantrópicas se sumaron sectores renovados de las iglesias, las ONGs y las organizaciones populares. Los fondos y agencias internacionales igualmente adoptaron esta nueva postura, estimulando la autosuficiencia de los grupos beneficiarios y, por lo tanto, su viabilidad económica dentro de una economía de mercado (Gaiger, 1995c).

En este sentido, se observa que ciertas experiencias trascienden el umbral de subsistencia y se convierten en **iniciativas empresariales solidarias** (Gaiger, 1996: 113). Basadas en una nueva lógica económica, en la que se alían a la cooperación y a la búsqueda de eficiencia, logran cierto nivel de acumulación y de crecimiento. Aunque vulnerables, alcanzan una estabilidad mínima y una viabilidad a medio plazo. Se caracterizan por un mayor grado de organización interna, de integración en el mercado y de articulación con proyectos similares, con órganos públicos y privados, con entidades de asesoramiento, etc.

Tales experiencias inducen y reflejan un ambiente cambiante. Su poder irradiador y su tendencia a multiplicar vínculos permite vislumbrar la génesis de una **economía popular solidaria**, en los intersticios de la economía de mercado y en contraposición a su lógica mercantilista. Por tal afirmación, se entiende no un nuevo subsistema económico, sino un conjunto con diferentes centros de las más variadas iniciativas en el ámbito popular, “que comparten algunos rasgos constitutivos o esenciales de solidaridad, mutualismo, cooperación y autogestión comunitaria, que definen una lógica especial diferente de otras lógicas económicas.” (Razeto, 1993: 40).

Estas iniciativas se insertan en una realidad más amplia, relativa al desarrollo de una **economía alternativa**, en la que coexisten actores diversos y se superponen interacciones locales, regionales o de mayor escala. Estas constituirían una *alternativa económica*, ya que se ocupan de sectores sociales sin porvenir y presentan condiciones de viabilidad, y una *economía alternativa*, por sus características distintivas. Este segmento económico por cierto no excluye a otros agentes y tampoco dispensa al Estado. Su proceso de viabilidad y perdurabilidad dependen además de modificaciones de mayor envergadura en el escenario social. Por otro lado, tal como veremos adelante, la novedad que representa abre camino a una reflexión no dicotómica sobre los vínculos entre lo económico y lo social.

No toda la economía popular es alternativa y esta abarca también otros segmentos sociales. Buscando calificarla mejor, diríamos que engloba los sectores cuya acción económica sigue una lógica distinta, se sitúa en un nuevo espacio social y desea un nuevo tipo de desarrollo. La economía alternativa, en primer lugar, se orienta principalmente hacia la **lógica del don y de la gratuidad**, a partir de los cuales sustenta sus estrategias cooperativas y sus relaciones de intercambio, a diferencia de la lógica mercantil, fundada en los presupuestos de mercantilismo y competencia, y de la lógica del derecho, que legisla la acción del Estado y las reivindicaciones a este dirigidas (Laraña, 1996: 329). Hay por tanto una inversión lógica, que se vale del carácter abierto del mercado para afirmarse en él con una identidad propia. En segundo lugar, la economía alternativa actúa en el punto de **conjunción de lo público y lo privado** y multiplica los lazos entre estas esferas, a través de una multitud de redes de interacción. Por último, esta concibe el **desarrollo** humano como un proceso **integral**, sostenible, que garantiza la seguridad mediata e inmediata y propicia la ampliación de las oportunidades de realización de los individuos (Laraña, 1996: 329; Laville, 1994).

Aunque basada en microexperiencias, la economía alternativa estaría evidenciando su capacidad de operar a mayor escala, junto a la economía privada individual y la economía pública estatal (Defourny & Monzon-Campos, 1992). Siguiendo modelos alternativos, se pueden identificar en la actualidad diversas redes de comercio, regional e internacional¹, la difusión de prácticas de agricultura alter-

1.- No son pocas las conexiones entre grandes firmas internacionales y proyectos de generación de renta en Brasil (Cf. Silveira & Amaral, 1994). En el comercio entre el Tercer Mundo y los países de economía avanzada, la red más importante está formada por las Organizaciones de Comercio Alternativo; al nivel de la comunidad Europea, se destaca la European Fair Trade Association, reuniendo a más de 2500 puestos de venta.

nativa², la aparición en el mercado financiero de fondos de inversión ética³ y de instituciones comunitarias de crédito⁴, proyectos de reciclaje de productos y naturalmente, las pequeñas iniciativas empresariales de producción.

En estas iniciativas concurre un espectro amplio de entidades y agentes, cuya presencia deshace la antinomia anterior Estado - ONGs y configura un nuevo espacio social, alternativo al mercado y al Estado, por esta razón denominado **Tercer Sector** (Fernandes, 1994). En él, participan instituciones no estatales aunque de interés público (como las asociaciones comunitarias), y entidades privadas, sin fines lucrativos y volcadas a las necesidades colectivas (como las fundaciones y las propias ONGs)⁵. Admitiendo que la proyección de ese sector suplanta la disyuntiva Estado x mercado, la economía alternativa indicaría que es posible concebir el mercado como un sistema eficiente de cambio, al que se le puede despojar de su matriz capitalista. Esta economía nace de una actitud crítica frente al capitalismo: sin ignorarlo en tanto único sistema económico mundial en la actualidad y punto de partida inevitable, se rige por valores no mercantilistas, como la solidaridad, la autonomía, la igualdad y la democracia. Basada en la cooperación entre productores y consumidores y buscando la satisfacción máxima (con vista al desarrollo humano) al menor costo (para los productores y para la sociedad), la economía alternativa estaría abriendo la posibilidad de un mercado no capitalista, en el cual las experiencias de generación de renta, mucho más que un último recurso, se decanten por una lógica de crecimiento y expansión.

En caso de que ese pronóstico se muestre consistente, las microexperiencias estarían confirmando la tesis más optimista sobre su potencial. En lo que respecta a la realidad nacional, en particular en el sur del país (Gaiger, 1994), las evaluaciones realizadas han obtenido resultados positivos y, por otro lado, han permitido constatar las dificultades que las pequeñas iniciativas empresariales deben afrontar para llegar a ser viables y prometedoras. No obstante existen experiencias con mucho éxito, cuyo estudio pormenorizado podría revelar en qué condiciones los grupos de generación de renta vencen los principales desafíos y se convierten en iniciativas económicas solidarias, funcionando como espacios de una economía popular alternativa en formación.

La constitución de lo que designamos iniciativas empresariales solidarias, en diferentes realidades y mediante su comparación, aparece así como un tema privilegiado de investigación. Estudios de este orden podrían elucidar la influencia de factores menos visibles a la luz de la práctica inmediata de promoción y seguimiento de las experiencias, en el sentido de su perfeccionamiento y, de la misma forma, podrían ser útiles en el debate sobre las políticas sociales del sector. En un plano más funda-

2.- Coordinadas por la *International Federation of Organic Agriculture Movements*.

3.- En los cuales los depositantes arbitran sobre los criterios de aplicación de sus inversiones, siguiendo el ejemplo del fondo *Faim et Développement*, en Francia.

4.- Con experiencias positivas en Bangladesh, en Bolivia y en Colombia, entre otras. Ver detalles en Voigt, 1996.

5.- La denominación *Tercer Sector* se confunde a menudo con la de sector no lucrativo, que enfatiza el carácter altruista de las organizaciones que lo conforman, en cuanto aquella resalta la condición no estatal y no capitalista de las mismas. Corriente en la literatura anglosajona, el término encuentra su correlato francés en la expresión *économie sociale*.

mental, esta parece ser la vía capaz de aportar elementos significativos a la comprensión teórica de una realidad emergente, en la que tal vez encuentre acogida una formidable parcela de la humanidad, en un mundo que se globaliza y que debe pensarse, cara al futuro, a partir de un destino común (Morin & Kern, 1995).

No ignoramos que los triunfos de esa red de iniciativas a pequeña escala (flexibilidad, atención a necesidades apremiantes, alto nivel de motivación, desburocratización) constituyen también sus puntos vulnerables (voluntariado, inconstancia, baja productividad, límites a la capitalización) y tampoco que el correcto planteamiento del problema supone una tarea teórica de comprensión de las imposiciones del contexto económico y de los vínculos reales entre ese campo emergente y las fuerzas tradicionales insertadas en el mercado y en el Estado. No obstante, si aceptamos que se trata de un campo social de y en disputa (Mellor, 1991), tal esfuerzo teórico supone el seguimiento de los hechos para que las categorías de análisis sean susceptibles a la realidad, considerada dialécticamente en sus mecanismos estructurantes y en sus posibilidades de codeterminación. En la visualización de este sector como una realidad diferenciada, opinamos como I. Laraña cuando dice:

“Todos los movimientos que han sido decisivos en la marcha de la humanidad comenzaron manifestándose de forma marginal y merecieron, en sus primeros momentos, una escasa atención de parte de la sociedad establecida. (...) El movimiento llamado economía alternativa está, de momento, marcado por esa incertidumbre: no sabemos lo que dará de sí. Sin embargo, su difusión creciente y su diversificación son factores que invitan a acercarse a él desde la curiosidad y el interés. En sus análisis y realizaciones se intuye una sensibilidad inquieta y creativa frente a los problemas de la sociedad y de la economía contemporáneas tras el derrumbamiento de la alternativa colectivista y el tantas veces mencionado proceso de globalización económica.” (1996: 319)

El acercamiento de esta realidad implica tener en cuenta su carácter eminentemente abierto y, por eso mismo, crítico con relación al pretendido triunfo del exclusivismo de la razón instrumental. Al mismo tiempo, conduce a una revalorización de lo local, de las virtudes y fuerzas que lo conforman como un espacio vital en el cual transcurre la vida y se gestan los valores fundamentales de la reciprocidad y de la cooperación. Aún más, sugiere una reflexión sobre estos espacios primarios como fuentes perennes de la propia civilización, puesto que en ellos se enraíza la vida colectiva y la creatividad cultural.

Algunas hipótesis

Pensar teóricamente sobre esa realidad, diseñar hipótesis, requiere cautela y cierto distanciamiento analítico, so pena de caer en el entusiasmo, traicionar el realismo y dejar que pasen desapercibidas las ambivalencias y discontinuidades de un campo de posibilidades, que importa reconocer como tal y no como una realidad ineludible. Una mirada atenta, por otro lado, puede ser un elemento de lucidez, en el sentido de reconocer mejor las señales positivas y, con la conciencia de estar tra-

bajando en un terreno movedizo, asumir la tarea de clarificar o reformular conceptos y tesis seguidamente puestos en duda.

Uno de los puntos neurálgicos, en el se evidencian las resistencias teóricas, dice respecto a la relación de la economía solidaria con el mercado: Convendría en primer lugar recordar que el mercado responde, en su génesis, a la necesidad de intercambio y encuentro entre pueblos y civilizaciones, no siendo en absoluto una creación o mistificación de la economía capitalista.⁶ De la misma forma, la generación de excedentes y de beneficios, típicos de las iniciativas caracterizadas como miniempresas, no son exclusivas del capitalismo. Nos parece que la pregunta correcta es la siguiente: ¿es posible que la economía solidaria elimine la condición de mercancía del trabajo y de esta, la condición de fetiche en el ambiente económico contemporáneo, descaracterizando así, en su ámbito propio, la producción y el mercado capitalista?

La quiebra de la división social del trabajo y de la apropiación unilateral del excedente, dado el régimen de propiedad común y de autogestión, constituye la base diferencial de las iniciativas empresariales solidarias. Estas crean un nuevo nivel de participación y satisfacción, humanizando las relaciones entre productores y consumidores y respondiendo igualmente a aspiraciones no monetarias. Existen además deficiencias y demandas estructurales no atendidas por el mercado convencional. El hecho de que las iniciativas empresariales solidarias busquen competitividad y eficacia, sin perder de vista las relaciones económicas dominantes y aprovechándose, simultáneamente, de alternativas no mercantiles de captación de recursos, es altamente positivo. El desafío consiste en sacar provecho de las estructuras y posibilidades ofrecidas por el sistema económico para la consolidación de cada iniciativa empresarial y la multiplicación de vínculos recíprocos.⁷ El empleo de créditos subvencionados y el aporte estratégico de fondos y de servicios de apoyo del Estado tampoco implica en sí mismo un artificio; basta recordar que el Estado tradicionalmente ha actuado como financiador y propulsor de las empresas capitalistas, en particular en las coyunturas de reconversión económica. En una realidad en que los agentes se encuentran en estrecha interdependencia, la autosuficiencia no es un criterio indispensable de viabilidad.

Lo esencial es percibir que la lógica de estas iniciativas empresariales difiere de la lógica de la empresa capitalista y de la lógica del Estado. Esto hace que los agentes procedentes del mercado, siguiendo el ejemplo de las fundaciones de beneficencia vinculadas a empresas privadas, asuman una lógica híbrida cuando actúan en este campo, siendo todavía creíble suponer, sobre la base de algunos indicios, que aportan a las organizaciones populares algunos ingredientes de lógica económica y eficiencia útiles para la supervivencia en el mercado. Ya el Estado se ve obligado a abando-

6.- Decir que el mercado nació para viabilizar el intercambio no implica suponer una capacidad o tendencia natural para armonizarlos.

7.- Resultan muy oportunas las conclusiones de Nuñez (1997, p. 56, T. N.), en su estudio sobre Nicaragua: "Poco a poco, caen ciertos prejuicios: que los pobres no pueden acceder al crédito como productores o pequeños emprendedores, que los productores asociados no pueden desarrollar estrategias de mercado para sobrevivir y hacer competencia, que la economía popular no puede tener proyecto de acumulación para reinvertir de forma asociativa sus ganancias o no puede competir lo suficiente con la economía capitalista sin entrar en el círculo vicioso de crecimiento, acumulación y explotación. Es la práctica que lo demuestra"

nar su papel de tutela y a asumir una condición de “aparcerero” de agentes que reclaman el pleno reconocimiento de los poderes públicos y que rechazan ser vistos como meros blancos de las políticas sociales.

Es preciso superar el dualismo mercantil-no mercantil, así como el binomio Estado- mercado. Tal vez no se haya hecho suficientemente una crítica a las teorías y prácticas políticas que canalizan las esperanzas para el mercado y el Estado, viendo en ellas los vectores centrales, si no exclusivos, del desarrollo, y obviando así la presencia de agentes que huyen de esos polos, agentes cuya lógica es esencialmente híbrida y que se ha visto obligada a reposicionar aquellos dos elementos en un conjunto más amplio de posibilidades. Hay que recordar la tesis de R. Kurz (1993) para quien la experiencia de los siglos XIX y XX constituye un movimiento pendular que va del casi exclusivismo del mercado a aquel del Estado, en el cual se deben comprender tanto las configuraciones históricas medias - como la socialdemocracia - como aquellas situadas en las antípodas - como el liberalismo y el socialismo – todas ellas no obstante siendo expresión de un sistema productor de mercancías, cuya marca fundamental es la mercantilización del trabajo y de la vida.

Dicho esto, un punto de partida para el diseño de hipótesis atentas a la realidad sería el reconocimiento de que las iniciativas económicas solidarias, aun cuando logran resultados relevantes, chocan inmediatamente con obstáculos que convierten en pasajeros sus resultados. Diferentes barreras, muchas veces difíciles de superar, acaban por impedir su viabilidad a medio y largo plazo. Los desafíos más serios se presentan en el ámbito económico (Gaiger, 1996). Los problemas de gestión, por falta de preparación o de soluciones organizativas, sumados a las dificultades para reponer el capital circulante, son muy frecuentes, hasta el punto de dar la impresión de que las formas solidarias que esas experiencias buscan asumir se convierten en un obstáculo, en cierto momento, para una mejor gestión y una mayor eficiencia, comprometiendo así, ya en la raíz, sus oportunidades de continuidad y crecimiento.

Las razones que permiten a ciertas experiencias superar esas barreras no son plenamente conocidas. No obstante, los datos ya reunidos y analizados sobre el asunto permiten formular la hipótesis de que la fuerza de las iniciativas empresariales solidarias reside en el hecho de combinar, de forma original, *el espíritu empresarial* - en el sentido de la búsqueda de resultados por medio de una acción planeada por la optimización de los factores productivos, humanos y materiales - y *el espíritu solidario*, de tal manera que la propia cooperación funciona como vector de la lógica económica, produciendo efectos tangibles y ventajas reales, comparados con los de la acción individual.

El término empresarial, disociado de la semántica que lo vincula sólo al empresario capitalista, designa aquí la incorporación de elementos necesarios para la sustentación de las mini-iniciativas empresariales en las condiciones económicas actuales, como son la calificación técnica, la productividad, la estrategia de mercado y la ampliación del capital. La diferencia está en que la búsqueda de mayor lógica se vale en este caso de la cooperación y de la explotación de las potencialidades del trabajo conjunto, en beneficio de los propios productores. Ese espíritu difiere de la solidaridad comuni-

taria a la que le faltan los instrumentos adecuados para su desempeño económico en la sociedad contemporánea.

Se admite por tanto que la unión de las fuerzas y aptitudes individuales puede funcionar como motor de la empresa solidaria, presentando efectos reales y tangibles en el interior de la operación económica, tanto en el proceso de producción como en los de distribución y consumo (Razeto, 1993: 41-5). El trabajo cooperativo representaría no solamente una opción a favor de la solidaridad sino también un elemento motor que sitúa a las pequeñas iniciativas empresariales en un plano superior al trabajo artesanal e individualizado de los pequeños productores autónomos, además de más resistentes a los efectos destructivos del capitalismo. Según algunos autores (cf. Carpi, 1997), las ventajas comparativas de las iniciativas empresariales residen, entre otras, en la mayor flexibilidad, creatividad, eficiencia ambiental e implicación de los individuos, metas que están exigiendo hoy, sin ninguna garantía de compensación, estrategias sofisticadas de las mismas empresas capitalistas. El incremento de la productividad, vital en el actual sistema económico, convierte en inútil el incremento lineal en tecnología si este no va acompañado de una explotación intensiva del trabajo. La virtud de las iniciativas empresariales solidarias está en que permiten avanzar en esa dirección sin distorsionar su carácter cooperativo, es más, incluso fortaleciéndolo.

De esta posición se derivan una serie de cuestiones, empezando por el registro de las diversas formas y niveles de trabajo cooperativo, peculiares de cada iniciativa empresarial. La autosuficiencia presupone además, no sólo la reposición de los factores productivos, sino también inversiones continuas y, por consiguiente, alguna generación de excedentes, todavía condicionada por factores ajenos al control del grupo. Sería indispensable verificar, antes que nada, cómo las unidades económicas se emancipan de los créditos subvencionados inicialmente concedidos.⁸ De la misma forma, es importante observar si los beneficios alcanzados se mantienen en flujo creciente, o al menos constante, de modo que se justifique la implicación progresiva de los individuos y se permita una mayor utilización de las ventajas del trabajo asociado.

La lógica de las iniciativas empresariales solidarias es comunicativa (Carpi, 1997: 87), remite a la ética y a los sentimientos, presentando así una dimensión axiológica y con proyección que contrasta con el pragmatismo de la lógica instrumental. Ampliando el campo ha de observarse cómo la solidaridad penetra en lo cotidiano de los individuos y de cada grupo, no como algo oportuno ni ocasional, sino como un principio para la vida diaria y una postura ante de los problemas personales y colectivos. Se trata en suma de verificar si el trabajo socialmente productivo es igualmente educativo y cómo, sobre la base de ese substrato, ha sido posible el tratamiento integrado de las cuestiones económicas con otros aspectos de la vida social.

⁸ La mayoría de las experiencias nace o es reactivada con la concesión de recursos en condiciones facilitadas, en el ámbito de programas de apoyo.

Desde el punto de vista de la economía política, la incorporación de las iniciativas empresariales solidarias, del *modus operandi* y de la base técnica a la economía moderna, sin que con eso pierdan su identidad, puede ser indicio de un proceso de constitución de una **nueva forma social de producción**, distinta y al mismo tiempo compatible con las relaciones típicas del mundo de producción capitalista. De acuerdo con la teoría elaborada por K. Marx que da cuenta de las relaciones entre las formas económicas particulares y la totalidad social (Godelier, 1981), esa hipótesis aseguraría la reproducción de la forma solidaria de organización del trabajo, preservando su naturaleza propia y creando la posibilidad de aparición de un nuevo sector económico, pequeño probablemente, pero dinámico y expansivo.

Por cierto, se trata de una realidad viva y abierta a diferentes evoluciones. Las oportunidades de alcanzar un nuevo nivel cualitativo tiende a crecer en la medida en que, además de la incorporación de la base técnica capitalista, la forma solidaria comienza ella misma a renovar el contenido material del proceso de trabajo, a desarrollar nuevas fuerzas productivas, materiales e intelectuales, adaptadas a sus características específicas. El capitalismo lo hizo a través de la introducción de la maquinaria y de la manufactura; las iniciativas empresariales solidarias disponen del conjunto de innovaciones conocidas como *tecnologías alternativas* y están sirviéndose de métodos de administración, gerencia y remuneración del trabajo coherentes con los presupuestos de la participación cooperativa. Este hecho lo demuestran los estudios sobre las nuevas formas de “hacer agricultura” de productores familiares, en las cuales se vuelven a descubrir las virtualidades productivas y ecológicas de la antes ignorada economía de subsistencia (Lisboa, 1996) y donde se verifica una tendencia a que “la producción y preservación de los recursos naturales no sean actividades disonantes sino dimensiones de un mismo proceso” (Caume, 1995: 49).

Esta segunda hipótesis no quiere obviamente sugerir que la economía solidaria se encuentre en términos de igualdad frente al sistema capitalista. Bien entendida, esta economía puede servir como marco para el estudio de la génesis y de la formación de una economía popular de un nuevo tipo. Para eso sería conveniente observar que, durante la vigencia de un modo de producción, innumerables formas secundarias pueden surgir, expandirse y desaparecer. El modo de producción capitalista, como los demás, se articula en diversas formas de producción, además de aquella que le es específica. Su fuerza reside en su capacidad de renovar constantemente su base material e imponerla al conjunto de los sectores productivos. Cuando, no obstante, alguno de estos se torna capaz de integrar la nueva base técnica en su forma social de producción peculiar, entonces asegura su existencia dentro del capitalismo, preservando su naturaleza intrínseca y multiplicado sus oportunidades de expansión. En ese contexto, las estrategias de relación con el capital adquieren otro significado; la asimilación de determinados parámetros, tales como la eficiencia y la competitividad, no implica necesariamente que en la economía solidaria se reproduzcan las relaciones jerárquicas o la concepción restringida de modernización típica del capitalismo.

Lo que parece estar en juego, efectivamente, es la activación del principio de la reciprocidad, espacio secular de la economía popular tradicional, en un ambiente moderno y democrático (Laville, 1996),

de forma que la solidaridad sustente un proceso alternativo de desarrollo. Sin subestimar la fuerza neutralizadora de factores exógenos, cabe recordar que la vitalidad de las formas no dominantes de vida social y económica es de hecho incontestable en la historia, así como su habilidad en rodear el bloqueo de los mecanismos de sujeción macroeconómica. La ocultación de esto por un pensamiento demasiado preocupado en realzar las limitaciones impuestas por la globalización, lleva con facilidad a descalificar las potencialidades de la economía local, o del “andar térreo” de la civilización, en la expresión de F. Braudel.

Es oportuno retomar las enseñanzas de este historiador, siguiendo F. Verschave (1996),⁹ en la medida en que rehabilitan, sobre la economía de mercado y sobre la economía-mundo, la economía local de subsistencia, informal, frecuentemente subterránea y casi siempre discreta. En esta, para Braudel, se enraízan y se modelan la mayor parte de los agentes y de las experiencias de la civilización. En su ámbito se reinventa cotidianamente la supervivencia, se crean nuevos saberes, se realizan los procesos fundamentales de aprendizaje. De su experiencia secular brotan soluciones innovadoras que pueden proliferar en caso de desbloqueo en los niveles superiores - cuando no lo provoca - y que apenas en un segundo momento son institucionalizadas y formalizadas.

Colocar los hechos en una perspectiva de larga duración permite restablecer los márgenes de libertad entre los niveles de la economía, identificando sus lógicas propias y explotando las vías de comunicación y de interdependencia. En esta óptica, las habilidades desarrolladas en los niveles inferiores se muestran como una adquisición que se puede transferir a los demás; sigue siendo válida la observación de F. Braudel en cuanto al hecho de que la prosperidad de la economía-mundo apenas se garantizó como base dentro del funcionamiento equilibrado y la consolidación de los niveles inferiores (Verschave, 1996: 77-8). Como se ha hecho referencia, las observaciones más recientes sobre iniciativas empresariales solidarias señalan una viva germinación y un fortalecimiento de su poder irradiador, en un indicio prometedor de que la economía solidaria vaya a desempeñar un papel de modelo y una función de contrapeso en la contienda entre diferentes alternativas de desarrollo.

9.- Para una visión completa, vide VERSCHAVE, F. *Libres leçons de Braudel; passarelles pour une société non excluante*. Paris: Syros, 1994

Bibliografía

- ANTUNES, R. *Adeus ao trabalho?*, 2ª ed. São Paulo/Campinas: Cortez/Unicamp, 1995.
- CARDOSO, R. Movimentos sociais na América Latina. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 1987, 1(3), pp. 27-37.
- CÁRITAS BRASILEIRA. *Sobrevivência e cidadania; avaliação qualitativa dos projetos alternativos comunitários da Cáritas Brasileira*. 1ª Ed. Brasília: UNB, 1995.
- CARPI, J. La economía social en un mundo en transformación, *Ciriec-España Revista de la Economía Pública, Social y Cooperativa*, 1997, n. 25, pp. 83-115.
- CAUME, D. A construção social de um outro ofício de agricultor. Tecnologia, meio ambiente e produção familiar no Brasil, *Cadernos do CEAS*, 1995, n. 156, pp. 49-56.
- CHAVES, R. Economía política de la economía social; una revisión de la literatura económica reciente. *Ciriec-España Revista de la Economía Pública, Social y Cooperativa*, 1997, n. 25, pp. 141-162.
- DEFOURNY, J. & MONZON-CAMPOS, J. *Economie sociale: entre économie capitaliste et économie publique*. 1ª Ed. Bruxelas: De Boek, 1992.
- DEFOURNY, J. Economie sociale au Nord, économie populaire au Sud. *Echos du cota*, 1994, 62(1), pp. 3-7.
- DESROCHE, H. Mouvement coopératif et économie sociale en Europe. *La Revue de l'Economie Sociale*, 1987, n. 3, pp. 59-87.
- DOIMO, A. *A vez e a voz do popular*. 1ª Ed. São Paulo: ANPOCS/Relume-Dumará, 1995.
- FERNANDES, R. *Privado, porém público; o terceiro setor na América Latina*. 1ª Ed. Rio de Janeiro: Relume-Dumará, 1994.
- GADOTTI, M. Educação comunitária e economia popular. In: GADOTTI, M. & GUTIERREZ, F. (Orgs.) *Educação comunitária e economia popular*. 1ª Ed. São Paulo: Cortez, 1993, pp. 11-22 (Col. Questões da Nossa Época, 25).
- GAIGER, L. Sobrevivência e utopia. Os projetos alternativos comunitários no RS. *Cadernos CEDOPE – Série Movimentos Sociais e Cultura*, 1994, n.10.
- GAIGER, L. Subordinação ou cidadania. Os dilemas da mudança cultural nos projetos alternativos comunitários. *Cadernos do CEAS*, 1995, n. 157, pp. 17-36.
- GAIGER, L. As microexperiências populares: novas malhas de um tecido social? *Tempo e Presença*, 1995, XVII(282), pp. 11-13.

- GAIGER, L. *A segurança alimentar no contexto das lutas pela terra no RS*. 1ª Ed. São Leopoldo: Centro de Documentação e Pesquisa – UNISINOS, 1995.
- GAIGER, L. Empreendimentos solidários: uma alternativa para a economia popular? In: GAIGER, L. (Org.) *Formas de combate e de resistência à pobreza*. São Leopoldo: UNISINOS, 1996, pp. 101-126.
- GODELIER, M. D'un mode de production à l'autre: théorie de la transition. *Recherches Sociologiques*, 1981, XII(2), pp. 161- 193.
- HARVEY, D. *Condição pós-moderna*. 1ª Ed. São Paulo: Loyola, 1989.
- I.C.D.A. *La iniciativa local como respuesta al desafío global*. Córdoba: Universidad Católica de Córdoba, 1997.
- KURZ, R. *O colapso da modernização*, 2ª ed. São Paulo: Paz e Terra, 1993.
- LARAÑA, I. Economía alternativa en el sistema capitalista. *Revista de Fomento Social*, 1996, n. 51, pp. 319-340.
- LAVILLE, J. (dir.). *L'économie solidaire; une perspective internationale*. 1ª Ed. Paris: Desclée de Brouwer, 1994.
- LAVILLE, J. Economie et solidarité: linéaments d'une problématique. In: SAUVAGE, P. et al. *Réconcilier l'économique et le social*. Paris: OCDE, 1996, pp. 45-55.
- LISBOA, A. A economia popular como horizonte para as sociedades sem rumo. *Tempo e Presença*, 1996, n. 288, pp. 14-17.
- MELLOR, M. Pour une critique théorique. *Revue de l'Economie Sociale*, 1991, n. 23, pp. 173-88.
- MORIN, E. & KERN, A. *Terra-Pátria*. 1ª Ed. Porto Alegre: Sulina, 1995.
- NASCIMENTO, E. Hipóteses sobre a nova exclusão social: dos excluídos necessários aos excluídos desnecessários. Caxambu: XVII Encontro Anual da ANPOCS, 1994.
- NÚÑEZ, O. L'économie populaire et les nouveaux sujets économiques: entre la logique du capital et celle des besoins. *Alternatives Sud*, 1997, IV(2), pp. 41-57.
- NYSENS, M. Economie populaire au sud, économie sociale au nord: des germes d'économie solidaire?. In: SAUVAGE, P. et al. *Réconcilier l'économique et le social*. Paris: OCDE, 1996, pp. 95-120.
- NYSENS, M. El germen de una economía solidaria: otra visión de la economía popular. El caso de Santiago de Chile. *Ciriec-España Revista de la Economía Pública, Social y Cooperativa*, 1997, n. 25, pp. 63-82.
- RAZETO, L. Economia de solidariedade e organização popular. In GADOTTI, M. & GUTIERREZ, F. (Orgs.) *Educação comunitária e economia popular*. São Paulo: Cortez, 1993, pp. 34-58. (Col. Questões da Nossa Época, 25).

- RAZETO, L. *Los caminos de la economía de solidaridad*. 1ª Ed. Buenos Aires: Lumen-Hvmanitas, 1997.
- SAUVAGE, P. et al. *Réconcilier l'économique et le social*. 1ª Ed. Paris: OCDE, 1996, pp. 45-55.
- SILVEIRA, C. & AMARAL, C. Experiências de geração de renda no Brasil. Proposta, 1994, XXII(63), pp. 58-61.
- SILVEIRA, C. (Org.). *Trabalho e renda. Ações institucionais de fomento no Brasil*. 1ª Ed. Rio de Janeiro: FASE/GTZ/NAPP/SACTES, 1995.
- SOUZA, C. Projetos econômicos: ponto de fissão entre agências e organizações do movimento popular. *Cadernos do CEAS*, 1989, n. 120, pp. 44-54.
- VERSCHAVE, F. Perspectives braudéliennes: reconsidérer l'architecture sociale, pour permettre d'y accéder et de s'y mouvoir. In: SAUVAGE, P. et al. *Réconcilier l'économique et le social*. Paris: OCDE, 1996, pp. 73-80.
- VOIGT, L. O fomento aos famiempresários; uma nova forma de política social. In: GAIGER, L. (Org.) *Formas de combate e de resistência à pobreza*. São Leopoldo: UNISINOS, 1996, pp. 127-156.